

CUENTO

LOS VENCIDOS

I

TODA la hacienda de Juan se reducía al cercón del Atajo, de unas ocho hectáreas de superficie, y la yunta de borriquillos que le entregaron al casarse; para que dando güebras se ganase la vida. Cuando a los dos años de matrimonio, pudo comprar la cerca, con el dinero de las manzanas y el importe de la cosecha, que fué ubérrima aquél año en los descuajes del Dehesón, no se hubiera cambiado por nadie, pues le parecía ser más rico que Creso. ¡Ya tenía tierra propia que labrar!

Mientras marchaba, cabalgando sobre uno de los borriquillos, decía:

Trebajando aina, y dándola lo suyo con el azaón, malo será que no coja pa mantener la casa y quizás, quizás pa que la Antonia puá ajorral algo. En la barrera de la umbria no deben pintar mal los castaños, en la solana, un cachujo e viña y plantorral de olivos; en la vega quizás prospere el trigo, y si no, centeno; un cachino de lo más abondo pa garbanzos y patatas, y al barranco ya le metería en domo pa que diese de beber a algunas tomateras, cebollas, pimientos, berzas... Y cuando el hijo, entonces recién nacido, fuera capaz, compraría unas borreguillas pa dal jugue a la tierra, que no hay otra cosa como la calgaluta de la borrega pa dal calol a la tierra cansá, y asina sería la envidia de tóo el mundo el cercón del Atajo.

Con estas ilusiones comenzó sus faenas: Primero descuajó el monte, en ésto, desgraciadamente, no tuvo que trabajar mucho con el azadón, pues era un montecillo ralo, compuesto únicamente de jaras raquílicas, brezos y algún tomillo. ¡Qué diferente a los descuajes de Vivorejo, matones de rebolla, aonde hayle c'ajondal de duro, pero aonde tóo el miájón y la fanega sembrá da a cincuenta, con poco que el año ayúe—pensaba.

Pero no perdía la fe y cuando llegó el verano, ya tenía arrancadas las matas y preparados los *manchones* para cuando viniera Agosto prenderlos fuego, cuyas cenizas servirían de abono fertilizante; ya tenía abiertos casi todos los hoyos para el futuro plantorral de olivos y vides y en el barranco, robándole un cacho de su lecho

allá y otro acullá, bebían unas cuantas matas aquí de tomates, al lado de cebollas y pimientos, más abajo unas calabaceras y en lo más abundante las patatas de riego, que duran más que las de secano, pues se conservan sin entallecerse hasta la cosecha próxima. A mediados de Octubre sembró el grano, y recogió las legumbres de los huertecillos, y en Diciembre y Enero plantó de olivos y vides casi la mitad del terreno dedicado a tal fin; y entonces dió por terminadas aquellas faenas por aquél año.

II

Durante los primeros meses todo fué bien; el trigo, aunque algo tardío, prosperaba, y los castaños, olivos y vides echaron los primeros brotes.

A Juan y la Antonia se les llenaba el alma de gozo al contemplar aquel campo suyo, ¡suyo!, próximo a rendir la primera cosecha.

Pero he aquí que, a mediados de Mayo, una helada *soterriza*, de esas traidoras que se llevan el pan del año sin apenas manifestarse exteriormente, dejó la hoja *pasmá* y el nuevo plantío *abrasao*, muertos todos los brotes. Sin embargo, no desanimó.

Los plantones volverían a brotar la siguiente primavera, y si no los repondría, y aún le quedaba la cosecha de los huertecillos del barranco. Pero en Octubre, cuando estaban en la plenitud de su desarrollo, unas turbonadas que hicieron salir de madre al barranco del diablo, arrastraron, no sólo las plantas, sino la poca tierra que les sustentaba y surcaron de profundos reguerones el barbecho preparado y mullido, que únicamente esperaba el tempero de las primeras aguas otoñales, para ser sembrado.

Por primera vez se le cayeron las alas del corazón. Pero era tanto su cariño y apego a aquella tierra, que siguió luchando. Y allí consumió los mejores años de su vida; y cuando los hijos fueron mozos también regaron con el sudor de sus frentes la tierra ingrata, que los iba sumiendo poco a poco en la miseria. Y allí estaba el día en que el rapaz más pequeño le llamó desolado desde el camino:

—¡Padre, que ice el meico que la nuestra Rosa se muere!

Y en efecto, la clavellina temprana, minada por la anemia, moría poco después víctima del mal triste.

Entonces, herido por el dolor y abrumado por tantas deudas, se entregó vencido



Dos libros de Eugenio Noel



Decir dos libros nuevos de Eugenio Noel, es decir nuevos regalos del entendimiento. No hay en España escritor más profundo en su análisis, más cordial en su aparente despegue y más trascendental en sus apreciaciones, producto de un incesante estudio de los hechos y de los hombres.

Ligeramente se ha tildado a Noel, quizá de poco efecto a su tierra nativa; pero también tuvo ese tildo el gran Costa, con quien tiene semejanzas, y es que uno y otro supieron escudriñar los vicios y las faltas de sus contemporáneos con el frío escalpelo de la ciencia social, para poner enmienda, sin miramientos ni remilgos, con la amargura del descontento, pero siempre con un corazón puro y amoroso que se descubre a través de sus censuras.

Eugenio Noel flagela con elegancia, pero a veces con fiereza; no es el escritor agradador de todos los Segismundos ni el cantor de las noches de luna. Cuando Noel escribe es porque tiene mucho que decir, y lo dice todo. Nada se le queda dentro. Por eso tiene enemigos; por eso se le ha vituperado, y por eso es cada vez más leído y apreciado.

«El picador Veneno», que es uno de los libros que acabamos de leer, es la novela de su tema favorito, el antitaurinismo; pero no teman los aficionados a esa fiesta tan discutida que haya tanto así de «veneno» en la fábula taurina que desarrolla, ni que el «Picador» de tal apodo sea una figura desprovista de humanidad. Con donosa soltura pinta a su protagonista, que se ve es arrancado de la realidad. Otras novelitas completan el tomo, todas ellas de sin igual interés e intención.

El otro libro titúlase «Aguafuertes Ibéricas», y su bien puesto título indican perfectamente los asuntos que le forman.

Estos dos libros, editados por la Casa Maucci de Barcelona, están muy bien presentados, y ostentan alegóricas cubiertas en tricomía, de Gastón Pujol, muy artísticas. Precio de cada volumen: Tres pesetas.

por la fatalidad. Mas cuando los acreedores se echaron encima, queriéndole arrebatarse hasta las últimas migajas de la pequeña hacienda hipotecada, reaccionó violentamente y cogiendo el hacha se dirigió a la cerca con ánimo de talar los olivos y castaños que fruteaban y las vides en plenitud de su desarrollo... ¡Aquello era su vida toda y nadie podía arrebatárselo! Gracias a la compañera buena, la esposa abnegada que se echó a sus pies sollozando, se libró de cometer tal acción que le hubiera costado ir a presidio.

III

El hambre y la miseria cernían sus alas sobre la casa. Con los codos apoyados sobre las rodillas y la cara entre las manos, todos miraban los fantásticos giros del penacho rojo de las llamas. El padre, la madre y los cuatro hijos permanecían mudos; únicamente se escuchaba el crepitar de los leños de castaño al ser devorados por el fuego. Eran los vencidos por la vida tan dura con ellos.

¡De qué servía que fueran cinco hombres laboriosos si no había donde emplear aquellos brazos!

La tierra propia fué madrastra para ellos, y la otra no había que pensar en ella, pues los grandes terratenientes no daban labores y si lo hacían era en terrenos de mediana calidad y en condiciones onerosas. ¡Así no se podía vivir y habían dispuesto el éxodo a otras tierras...!

Una mañana del mes de Mayo, partió la caravana buscando el puerto más próximo donde embarcar con rumbo al Brasil. Todos van a pié, pues el viejo borriquillo bastante hace con transportar los míseros restos de la casa deshecha.

Marchan los vencidos tristes y callados. Allá en la hondonada divisan la tierra donde lucharon y que tan ingrata fué con ellos. Pero no la guardan rencor, antes bien, las lágrimas empañan sus ojos al contemplar por última vez los castaños en flor, los olivos próximos a romper sus botones y las vides con verdes pámpanos nuevos.

Y con los ojos todavía húmedos, traspasaron la cumbre de Pinar Alto, alejándose por el camino pedregoso que cruza el Ruecas.

Angel MARINA.

Visado por la censura